Monica Burns

Compláceme

esencia

Compláceme

Monica Burns

Traducción de Raquel Duato

Esencia/Planeta

Título original: *Pleasure Me*

© 2011, Kati B. Searce
Publicado de acuerdo con Lennart Sane Agency AB.
© por la traducción, Raquel Duato García, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
© Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición: enero de 2015
ISBN: 978-84-08-13564-7
Depósito legal: B. 23.960-2014
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Londres, 1897

—Estoy seguro de que lo comprendes, querida. La señorita Fitzgerald y yo sentimos un afecto mutuo que supera lo que tú y yo hemos compartido este último año. Me asombra que haya aceptado mi proposición, puesto que es mucho más joven que yo.

Ruth, de pie ante la ventana y de espaldas a Marston, se estremeció. Lo que quería decir en realidad era que Ernestina Fitzgerald era más joven que ella. El tono de su amante sonaba lo bastante autosuficiente como para saber que el muy bastardo estaba disfrutando. Había pasado por esa misma situación muchas veces a lo largo de los últimos veinte años, pero, en esa ocasión, era peor. Era la segunda vez en menos de dos años que un amante la dejaba por otra mujer más joven. Y a los cuarenta y un años, ella era mayor, ¿no? Le temblaban las manos a pesar de que se las sujetaba con fuerza. Respiró hondo, se obligó a esbozar una sonrisa y se volvió hacia él.

—Por supuesto que lo comprendo, Freddie. —Ruth usó el apodo a propósito, lo que le valió una mirada furibunda de su amante. Sabía cuánto odiaba que lo llamaran así—. Estoy segura de que haréis muy buena pareja. Por lo que tengo entendido, el talento de la señorita Fitzgerald como hábil conversadora es equiparable al tuyo.

Marston le lanzó una mirada recelosa, pero Ruth sabía que nunca comprendería el doble sentido. Ese hombre no era en absoluto tan inteligente como le gustaba creer. De hecho, era un irremediable inepto en lo referente a mantener una conversación coherente sobre cualquier tema que no fuera la caza y la pesca. De repente, se odió a sí misma por haber aceptado siquiera mantener una relación con él. Sabía por qué lo había hecho. Sin embargo, no había querido reconocerlo hasta ese momento. Había tenido miedo. Miedo de que se le estuviera acabando el tiempo. Y ahora se le había acabado.

—Naturalmente, me encargaré de que se te pague tu asignación de este mes.

—Naturalmente —replicó ella con frialdad. No estaba dispuesta a dejar que él viera que esa ruptura la afectaba. No era tan inesperada como humillante—. ¿Y Crawley Hall?

—Lo lamento, Ruth, pero me parece un regalo de despedida demasiado extravagante, ¿no crees?

—Prefiero considerarlo el cumplimiento de una promesa que hiciste varios meses atrás.

Lo miró con los ojos entornados. Necesitaba esa propiedad. El orfanato de Aston Street estaba desbordado, y a los niños más enfermizos les sentaría bien el aire puro del campo.

—¿Lo prometí? No recuerdo haber hecho semejante cosa.

—Entonces, quizá debería hacer que Wycombe te refresque la memoria, ya que él estaba presente cuando aceptaste comprar la finca para mí.

—Estoy seguro de que Wycombe no lo recordará de ese modo —replicó Marston con algo más que un leve rastro de engreída arrogancia—. Por otra parte, tú ya tienes una propiedad en el campo. No veo ningún motivo por el que puedas necesitar otra. Si te preocupa el dinero, siempre puedes vender las joyas que te he regalado.

«Cerdo mojigato.» Ese bastardo sabía por qué quería Crawley Hall. También sabía muy bien que la casa que poseía junto a Bath era demasiado pequeña para satisfacer sus necesidades. Y con las joyas que él le había regalado apenas obtendría lo suficiente para un primer pago por Crawley Hall. Necesitaría mucho más que eso para comprar esa propiedad. Aunque, por el momento, disfrutaba de una seguridad económica, tendría que ser cuidadosa con el dinero, ya que su futuro distaba mucho de ser brillante en lo referente a conseguir un nuevo protector. Le dirigió una sonrisa desdeñosa.

—¿Las joyas que me has regalado? Freddie, cariño, esas baratijas difícilmente se venderán por una miserable suma. No obstante, si te niegas a mantener tu promesa respecto a Crawley Hall, ¿quién soy yo para cuestionar tu honor? —Ruth vislumbró el enfurecido oscu-

recimiento de su rostro cuando le dio la espalda encogiéndose de hombros con engreimiento—. En vista de que no tenemos nada más que decirnos, creo que es el momento de que te vayas.

Unos segundos después, una brusca mano la agarró del pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Nunca le había gustado mostrarse asustada, pero Marston le tiró tan violentamente del pelo que Ruth gritó no sólo a causa de la sorpresa, sino también por el dolor.

—Escúchame bien, vieja bruja: si te atreves a insinuar siquiera que mis atenciones hacia ti no han sido honorables en todo momento, te demostraré lo honorable que puedo ser.

En ese instante, una puerta se abrió detrás de ellos y su mayordomo entró. Simmons, que era lo bastante alto y corpulento para hacer que cualquier hombre tuviera cuidado de no enfurecerlo, actuaba de vez en cuando como guardaespaldas, además de ejercer sus otros muchos talentos.

—He oído un grito, señora. ¿Hay algún problema? —No era una pregunta. Era el modo del mayordomo de decirle a Marston que la soltara, cosa que Freddie hizo con un brusco empujón.

—No olvides lo que te he dicho, Ruth. No permitiré que nadie manche mi buen nombre.

Ella guardó silencio, a pesar de lo mucho que deseaba decirle exactamente qué le gustaría hacerle, empezando por la castración. Dios santo, ¿cómo podía haber pensado realmente que ese hombre era atractivo? Porque había sido el único que había estado lo suficientemente interesado como para iniciar una relación con ella. Asqueada por ese pensamiento, se balanceó levemente sobre los talones.

Cuando Marston abandonó el salón, Ruth avanzó hasta agarrarse al brazo del sofá y se dejó caer despacio entre los cojines. Simmons no hizo ningún comentario. Se limitó a seguir a su examante fuera de la estancia con la clara intención de echarlo de la casa. El temblor de las manos se extendió y sacudió todo su cuerpo, y Ruth cerró los ojos ante el dolor que la inundó. Una lágrima tras otra empezaron a rodarle por las mejillas.

Siempre había sabido que ese día llegaría, pero era incluso más horrible de lo que había podido imaginar. La edad siempre había sido su enemigo, un enemigo al que nunca había sabido cómo vencer. Se inclinó hacia adelante y ocultó el rostro entre las manos para llorar en voz baja. Un cálido brazo le rodeó entonces los hombros. Cuando alzó la mirada, se encontró con la preocupada expresión de su doncella.

—¿Le ha hecho daño, señora?

—En realidad no, Dolores. —Sacó un pañuelo de un bolsillo lateral de su falda y negó con la cabeza mientras se enjugaba las lágrimas—. A mi orgullo más que nada.

—Nunca me gustó ese hombre. Nunca la ha tratado tan bien como sus otros protectores.

—Soy muy consciente de lo que sentías respecto a Marston. —Sin poder evitarlo, Ruth soltó una pequeña risa ante la vehemente repugnancia en la voz de su doncella—. Me sorprende no haber llegado a la misma conclusión que tú hace mucho tiempo.

—Porque es usted testaruda. Por eso. Testaruda hasta la médula. Sí, señora. Siempre tan segura de que ese hombre era lo mejor que podía conseguir.

—Era el único que parecía remotamente interesado en mí en ese momento, que yo recuerde —comentó mientras se reía de sí misma—. Ya no puedo seguir engañándome, Dolores. Ha empezado a notarse mi edad.

—Tonterías. —La doncella resopló disgustada—. Aún tiene la figura de una joven y un rostro tan hermoso como el de un ángel.

—Gracias, Dolores. Eres una verdadera amiga, leal y ciega ante la evidencia.

Ruth se estremeció ante la verdad. No era necesario mirarse al espejo para saber que no tenía el mismo aspecto de antes. Era consciente de que aún era una mujer atractiva, pero hacía mucho que sus días de recibir elogios por su belleza habían acabado.

—Mi vista es tan buena como hace veinte años, señora. —La doncella irguió los hombros, entrelazó las manos ante sí y la miró

con el cejo fruncido—. Hay muchos hombres que se sentirían más que felices de entrar en una estancia con usted del brazo. Es demasiado dura consigo misma.

La reprimenda de Dolores la animó un poco mientras recordaba los cumplidos que le había dedicado lord Mackelsby varias noches atrás. Incluso Marston se había tomado el tiempo suficiente para alejarse del lado de Ernestina Fitzgerald y reclamarla como si fuera una propiedad que le perteneciera. La analogía había sido acertada en su momento. Marston pagaba sus facturas, lo cual le daba derecho a disfrutar de toda su atención. Pero ahora se había marchado y, con él, su asignación mensual. Soltó otro suspiro. El dinero no le preocupaba tanto como el hecho de que Marston, al igual que su anterior amante, la había dejado por una mujer más joven. No importaba cuánto se resistiera a admitirlo, el reconocimiento la sumió en la desesperación.

Reprimió otra oleada de lágrimas. Llorar serviría de poco y había asuntos más importantes que considerar, aparte de su ego herido. Se levantó rápidamente y empezó a pasearse nerviosa frente al hogar. Los niños eran lo primero. Tenía que encontrar un modo de comprar Crawley Hall u otra propiedad similar. Disponía de unas cuantas joyas, además de las que Marston le había regalado, que le proporcionarían la mitad del precio de Crawley Hall. Había algunas acciones que podría vender. Quizá la mansión también.

—Creo que es hora de que venda mis acciones.

—¿Qué? —El horrorizado asombro de Dolores la hizo sonreír.

—Las joyas que Marston me regaló me proporcionarán al menos la mitad del precio de venta de Crawley Hall. Con las inversiones que he hecho conseguiré un precio justo y obtendré el resto del importe de la compra de la propiedad. Si vendo la casa junto a Bath, tendré suficiente para las mejoras necesarias en Crawley.

—Pero la compró para su retiro, señora. Y ¿dónde vivirá?

—Viviré en Crawley Hall. —Ruth agitó una mano levemente, pero se detuvo cuando vio cómo la que era su compañera desde hacía mucho tiempo se estremecía. De inmediato, se acercó a la ancia-

na y le cogió las manos—. Y tú vendrás conmigo, Dolores. Y Simmons también. Tú querrás venir, ¿verdad?

—Sí, señora. —La expresión de miedo de la doncella desapareció—. He pensado que quizá ya no me necesitaría más.

—No seas ridícula. —Se sentó junto a la mujer y le estrechó las manos—. No sé qué haría sin ti. ¿Quién, si no, me mantendría por el buen camino?

—Eso es cierto, señora. Aunque creo que tiene usted un corazón demasiado grande para su bolsillo.

—No tienen a nadie más que vele por ellos, Dolores. No puedo abandonarlos como Marston acaba de hacer conmigo.

Las palabras fueron un vívido recordatorio de su actual situación, y Ruth luchó contra la oleada de autocompasión que amenazaba con inundarla. Por mucho que deseara rendirse a la emoción, se negó a hacerlo. Siempre había sido una persona práctica, y había llegado el momento de que aceptara el hecho de que sus días como una de las niñas mimadas de la alta sociedad estaban llegando rápidamente a su fin. El hecho de que Marston la hubiera dejado por una mujer más joven la convertiría en objeto de compasión entre el selecto grupo de Marlborough. Algo que ella aborrecería. La aparición de Simmons en la puerta del salón interrumpió sus pensamientos.

—Lady Pembroke ha llegado, señora.

El mayordomo se apartó y Allegra Camden, la condesa de Pembroke, entró en la estancia mientras Dolores se levantaba para seguir a Simmons fuera del salón. La sonrisa en su rostro realzaba la belleza de su joven amiga. Allegra tomó las manos extendidas de Ruth entre las suyas y la besó en la mejilla.

—Lamento llegar tarde, pero Shaheen y los niños se entretuvieron más de lo habitual con el desayuno.

—No pasa nada. —Ruth correspondió al cariñoso saludo de su amiga y se volvió hacia su doncella—. Dolores, ¿podrías traernos un té, por favor?

La anciana inclinó la cabeza y se retiró para cumplir el encargo. Con un pequeño gesto, Ruth invitó a su amiga a sentarse. Allegra se

acomodó con elegancia en un sillón de orejas mientras Ruth tomaba asiento en el sofá frente a ella. Su amiga la estudió atentamente con el cejo fruncido.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

La preocupación en la voz de Allegra le tensó la garganta, y Ruth negó con la cabeza.

—No, estoy bien.

—Tienes mal aspecto. —Su amiga se inclinó hacia adelante y jadeó de repente—. Has estado llorando.

Antes de que Ruth pudiera decir una palabra, Allegra se puso en pie de un salto acompañada por un leve susurro de costosa seda y se sentó a su lado en el sofá. Le cogió las manos y la estudió con una expresión que indicaba que estaba decidida a descubrir qué la angustiaba.

—Cuéntamelo.

La orden no la sorprendió. Allegra siempre se había mostrado tan protectora con sus amigos como ellos lo eran con ella. Ruth suspiró.

—Marston me ha dejado. —Decirlo en voz alta hizo que se le volvieran a llenar los ojos de lágrimas. Parpadeó con fuerza para contenerlas. Ese hombre no merecía el disgusto.

—Oh, querida. Lo siento mucho, pero confieso que nunca me ha gustado. Nunca te ha tratado con el respeto que merecías.

—He sido una estúpida. —Ruth inspiró profundamente y negó con la cabeza.

—No, no lo has sido. Hiciste lo que creías que tenías que hacer para sobrevivir.

—No, no era supervivencia... Era una negativa a reconocer la verdad. Soy mayor, Allegra.

—Tonterías. Sólo tienes cuatro años más que yo y pareces más joven. —Su amiga le lanzó una mirada desaprobadora, pero Ruth descartó el comentario negando con la cabeza.

—Me ha dejado por Ernestina Fitzgerald, que tiene, como mínimo, quince años menos que yo.

—Y es el doble de estúpida. Esos dos formarán una pareja espléndidamente aburrida.

El disgusto en la voz de su amiga hizo que Ruth soltara una carcajada.

—¿Ves? Estás de acuerdo conmigo —afirmó Allegra con gran satisfacción—. Hay muchos hombres que se verán cautivados por ti. Y cuando asistas al baile de los Somerset esta noche, no me cabe duda de que comprobarás cómo los hombres acuden en tropel a tu lado.

—No puedo ir a ese baile. —Ruth miró horrorizada a su amiga—. Marston estará allí. Irá acompañado de Ernestina, y todo el mundo sabrá que me ha dejado por una mujer más joven.

—Bueno, se fijarán más en ese hecho si tú no estás allí. Sabes tan bien como yo que los tiburones acecharán en cuanto huelan la sangre. —Allegra la miró con severidad antes de dirigirle una pícara sonrisa—. Por otra parte, ¿qué mejor momento para anunciar lo encantada que estás de que Marston al fin haya encontrado a alguien que esté a su nivel intelectual en la alta sociedad?

Esa vez Ruth se rio con ganas.

—Dicho así, es fácil ver que estoy llorando por ese hombre sin ningún motivo en absoluto.

—Exacto. No hay ningún motivo para que llores —asintió Allegra con firmeza.

—Supongo que no.

Ruth se obligó a sonreír a la mujer sentada a su lado. No, no tenía ningún motivo para llorar por la ruptura con Marston. Pero ¿y por su juventud perdida? No dudaba de que había muchas más lágrimas que derramar por esa pérdida. ¿Cómo había sucedido? Parecía que fuera el día antes cuando Allegra había invitado a Bella, a Nora y a Ruth a quedarse con ella para ayudarla a superar el escándalo que la había convertido en la famosa cortesana que había sido antes de su matrimonio con el conde de Pembroke.

¿Cómo podían pasar veinte años en un abrir y cerrar de ojos? No se sentía mayor. Sus esperanzas y deseos seguían siendo los mismos. Aunque los que ocultaba en lo más profundo de su ser parecían condenados a no obtener respuesta. Envidiaba a Allegra y la felicidad

que había encontrado con el conde. Su mirada vagó hasta su retrato, colgado sobre la chimenea. El vizconde Westleah lo había encargado cuando Ruth tenía veintitrés años. Habían pasado tres años juntos antes de dejarlo y convertirse en amigos.

Westleah le había comprado esa casa y le había enseñado a administrar e invertir la generosa asignación que le había dado. Así, había logrado realizar varias inversiones acertadas que garantizarían que no sufría un retiro de pobreza como el de muchas mujeres de su condición. Sin embargo, Ruth había albergado la esperanza de que contaría con un poco más de tiempo antes de verse forzada a retirarse.

El suave repiqueteo de la porcelana atrajo su atención y, cuando volvió la cabeza, vio que Dolores entraba en la estancia con el té. La mujer dejó la bandeja en la mesa redonda frente al sofá y la miró con atención durante un momento. Con un rápido movimiento de la cabeza, Ruth le indicó que estaba bien y alargó el brazo hacia la tetera. La doncella, algo insatisfecha con el silencioso gesto de su señora, soltó una suave queja y se retiró. Deseosa de hablar de otra cosa que no fuera el futuro, Ruth sonrió y ofreció a su amiga una taza de té.

—La maternidad y el matrimonio te sientan bien, querida. Tú has encontrado una felicidad con la que la mayoría sólo pueden soñar.

—Soy feliz, Ruth. Si hace cinco años me hubieras dicho que tendría una vida tan maravillosa, me habría reído de ti.

Ninguna lo dijo en voz alta, pero el hecho de que una cortesana encontrara el amor, y mucho menos que se casara, no era en absoluto habitual. El suave brillo en el rostro de Allegra resaltaba lo feliz que era, a pesar de las tribulaciones que había soportado en el desierto marroquí. Allegra sólo había compartido una parte del sufrimiento que había padecido, pero Ruth sabía que su captura a manos del enemigo de Robert se había cobrado un alto precio en ella. A veces, una oscura emoción que le inundaba los ojos indicaba que Allegra nunca superaría el trauma. Si lord Pembroke estaba presente, parecía percibir automáticamente la angustia de su esposa y acudía a su lado de inmediato. Robert —Ruth nunca se acostumbraría a su nombre beduino Shaheen— adoraba a su esposa y a sus hijos. El sonido de

una taza de té repiqueteando con fuerza contra un platillo la arrancó de su ensoñación.

—No vamos a permitir que se salga con la suya.

—¿Qué? —Ruth le dirigió una mirada confusa.

—A Marston. Esta noche nos encargaremos de que todo el mundo lo considere un estúpido por dejarte para empezar una relación con esa cabeza de chorlito de Ernestina.

—Y ¿cómo propones conseguir eso exactamente? —preguntó Ruth en un tono escéptico.

—¿Te acuerdas de cómo destacó entre los demás miembros de la alta sociedad la señorita Langtry llevando un sencillo vestido negro antes de que Bertie la tomara bajo su protección?

—Lily Langtry destacó porque era hermosa, no porque llevara un sencillo vestido negro para captar la atención del príncipe de Gales. Yo soy bastante atractiva, pero estoy lejos de ser hermosa.

—Tonterías. Eres preciosa y tienes presencia, Ruth. Cuando entras en una estancia, todo el mundo se detiene para mirarte. Y esa misteriosa sonrisa tuya hace que los hombres deseen descubrir todos tus secretos. Esta noche vas a sacarle provecho a eso.

—Te ruego que me expliques cómo lo voy a hacer.

—Dolores modificará esa horrible monstruosidad de vestido que Marston insistió en que llevaras para aquella reunión el invierno pasado.

—¿El morado con las enormes flores rosa?

—Sí. —La sonrisa de Allegra se amplió—. El vestido conjunta maravillosamente bien con tus ojos, pero las flores son horrendas. Cuando Dolores haga los cambios que tengo en mente, todo el mundo considerará a Marston un estúpido por preferir a Ernestina Fitzgerald antes que a ti.

—Una transformación así es muy improbable, pero supongo que un milagro siempre es posible —comentó Ruth con una risa escéptica.

—Bueno, yo, por mi parte, creo en los milagros —replicó su amiga en voz baja—. Y tú también deberías.

Miró a Allegra con cariño y una vacilante sonrisa, pero las palabras de su amiga aún seguían en su cabeza horas después mientras subía los escalones de la mansión de los Somerset. Tendría que haber sabido que no debía cuestionar la determinación de Allegra. Con la habilidad de Dolores y la visión de su amiga, las dos mujeres lograron un milagro. El resultado fue un atrevido vestido que resaltaba su generoso pecho y sus redondeadas caderas. Pero, sobre todo, estaba desprovisto de cualquier encaje, volante, fruncido o lazo. Las mangas —o lo poco que quedaba de ellas después de que Dolores hubo acabado— apenas se ceñían al borde de su hombro con una simple tira de tela. El vestido en sí era de una austera simplicidad, pero, simbólicamente, representaba su rechazo a Marston. Las flores, los fruncidos, cualquier adorno en el vestido que había aplastado el satén, habían desaparecido, a excepción de un rastro de pétalos de flores rosa que bordeaban el dobladillo. Le proporcionaría una enorme satisfacción señalar que Dolores había rehecho el ostentoso vestido elegido por Marston para convertirlo en algo mucho más bonito.

Su doncella había deshecho las flores originales para sujetar el adorno rosa al borde, de forma que pareciera que estaban a punto de caerse. Antes de que finalizara la velada, quedarían pisoteadas y sucias: un mudo indicativo de lo insignificante que Marston era para ella. Al cuello llevaba el collar de amatistas que lucía en el retrato que Westleah había encargado. La única extravagancia era un abanico de plumas de color malva.

Cuando Ruth entró en la casa, la recorrió un temblor al ver a Marston accediendo al salón de baile con Ernestina del brazo. De un modo mecánico, deshizo el lazo de la capa y permitió que el sirviente se la retirara con delicadeza de los hombros.

Mientras llegaban más invitados, se apartó a un lado para examinar los laterales y la parte de detrás del vestido en busca de cualquier arruga inesperada. Fue más una necesidad de hacer tiempo para serenarse que preocupación por el vestido. La leve sensación que le bajó por la nuca hizo que alzara la mano para acariciarse la piel. Sa-

tisfecha de que el pelo no se le hubiera soltado del recogido que llevaba, se volvió hacia el salón de baile.

Otro escalofrío le recorrió la espalda cuando su mirada se encontró con la de un hombre que entregó despreocupadamente el abrigo al personal doméstico sin apartar la vista de ella. Era casi treinta centímetros más alto que ella y tenía el pelo tan negro como una noche sin luna. Había algo intenso y fascinante en él. Si Allegra pensaba que ella tenía presencia era porque su amiga no conocía a ese hombre. Parecía eclipsar a todas las personas y cosas en el vestíbulo. La estudió durante lo que le pareció una eternidad; sin embargo, Ruth sabía que sólo habían sido unos segundos antes de que otro caballero, a quien no reconoció, desviara la atención del desconocido. Pero esa mirada fue suficiente para dejarla con el corazón acelerado.

Tragó saliva con fuerza mientras se aferraba al abanico. Dios santo, ya no tenía veinte años ni asistía a su primera velada. Se estremeció ante ese pensamiento. De repente, la atenazó la necesidad de huir, pero se obligó a atravesar el vestíbulo hacia el salón de baile en lugar de reclamar su capa y desaparecer en la noche. El escalofrío que había sentido unos momentos antes volvió a calentar su cuello, pero se negó a volverse para mirar al hombre. No había acudido a esa fiesta para encontrar un nuevo amante.

En cuanto llegó a la entrada del salón de baile, su coraje flaqueó. No había ni un solo rostro familiar en la estancia. Por Dios, ¿dónde se encontraba Allegra? No estaba segura de si podría hacer eso sola. En cuanto ese pensamiento surgió en su cabeza, tensó la espalda. Desde luego que podía. Tal vez su juventud hubiera desaparecido, pero no su dignidad. Mientras aguardaba a que los asistentes delante de ella se dirigieran a la línea de recepción, el cosquilleo en la nuca se convirtió en un calor abrasador. Señor, hacía años que no sentía una reacción de ese tipo ante un hombre.

Con la aglomeración de recién llegados que se abrían paso a empujones hacia el salón de baile, el espacio entre ellos se evaporó. Estaba tan cerca de ella que la calidez de su aliento le rozó el hombro. La repentina imagen de esas manos en su cintura pegándole la espal-

da a su torso surgió en su cabeza. Esa imagen mental hizo que la recorriera un estremecimiento que estuvo segura de que todo el mundo a su alrededor había podido ver.

Confusa por la fuerza de las sensaciones que la asaltaban, casi tropezó en su premura por saludar a lord y a lady Somerset. La bienvenida que recibió fue cortés simplemente por su parentesco con el marqués de Halethorpe. El estómago se le revolvió al pensar en su padre. No sabía si odiar a ese hombre o agradecerle que la hubiera obligado a tomar ese camino que ella había elegido tantos años atrás. Cualquiera de las dos opciones era dolorosa de contemplar.

Se alejó de los Somerset y bajó despacio la escalera que daba al salón de baile. A pesar de su esfuerzo por negarlo, deseaba saber el nombre del desconocido y, mientras bajaba los escalones, oyó que lo presentaban como lord Stratfield. En cuanto llegó al pie de la escalera, un pequeño grupo de mujeres a la derecha captó su atención y el corazón le dio un vuelco. Ernestina Fitzgerald. Lo último que deseaba era una escena. Desesperada por encontrar un rostro amigo, Ruth estiró el cuello para mirar por encima de una anciana con tres largas plumas clavadas en el pelo.

—Una vez se retira a una vaca vieja, una cree que ya no volverá.

El comentario de la mujer la hirió profundamente, y Ruth se tensó mientras continuaba avanzando, aunque no llegó lejos.

—Lady Attwood, qué maravillosa sorpresa verla aquí esta noche.

Las palabras le llegaron al mismo tiempo que el renovado cosquilleo en la nuca encendía un fuego que le recorrió la piel. Dios santo, ¿la voz de ese hombre siempre sonaba así? Como si acabara de despertarse y la estuviera invitando a pecar de formas que nunca había soñado. La nota pícaramente oscura y profunda de su voz la dejó sin respiración cuando se volvió hacia él y le ofreció la mano.

—Buenas noches. —Se esforzó por mantener la voz firme, y un estremecimiento le recorrió el brazo cuando él le besó cortés el dorso de la mano.

—La simplicidad la favorece. Nunca la había visto tan exquisita.

La mirada de él se desvió de repente para observar los fruncidos,

los encajes y los lazos que adornaban el vestido de Ernestina. Fue un desaire deliberado, y todo el mundo que lo oyó lo comprendió. Una parte de sí misma casi sintió lástima por la nueva amante de Marston. La mujer no pertenecía a la nobleza, y su aceptación en el selecto grupo de Marlborough se basaba únicamente en el hecho de que se encontrara bajo la protección de él, por lo que un desaire por parte de cualquier noble debía de ser para ella un duro recordatorio de su estatus social.

A pesar de la punzada de placer que le proporcionó ver la malicia de la otra mujer silenciada, Ruth recelaba de los motivos que tenía ese hombre para acudir en su rescate. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los de él, su mirada no le reveló nada en absoluto, pero sonrió cuando le ofreció el brazo. El corazón se le desbocó de inmediato. Era una sonrisa que sería letal para el corazón de una mujer si ésta se permitía caer bajo su hechizo. Aceptó su brazo y le permitió que la guiara lejos de Ernestina y sus amigas. El escalofrío que le recorrió hasta el último milímetro de su cuerpo hizo que le entraran ganas de salir huyendo lo más lejos posible. Ese hombre era demasiado atractivo para su propio bien, lo que lo convertía en peligroso. Por otra parte, era más joven que ella. Un flirteo con él sólo serviría para hacer que se sintiera mucho mayor, y esa noche se sentía demasiado vulnerable.

—Aunque aprecio su galantería, puedo asegurarle que no necesitaba que me rescataran. —Ruth oyó el enfado en su propia voz y se obligó a no mirarlo.

—Era un cumplido sincero. El hecho de que sirviera para rescatarla era secundario. —La áspera nota en su voz hizo que la sangre de Ruth fluyera despacio. Dios santo, ese hombre era un cautivador.

Cuando localizó a Allegra y se detuvo en seco, él volvió la cabeza hacia ella con las cejas enarcadas en un gesto de diversión o curiosidad. No pudo determinar de qué.

—Entonces, se lo agradezco de nuevo. Si me disculpa, he visto a una amiga a quien debo saludar. —Algo destelló en las profundidades de sus vívidos ojos azules e hizo que a ella se le secara la boca.

Lord Stratfield inclinó la cabeza en su dirección.

—Un placer, señora. Esperaré con anhelo nuestro próximo encuentro.

Ahí estaba de nuevo, esa áspera nota de pecado en su voz. El pecho se le tensó en respuesta. Maldición, estaba actuando como una mujer que tuviera la mitad de años que ella. Tenía demasiada experiencia para permitirse a sí misma que algo la afectara tan fácilmente. Tragó saliva y le dirigió un leve asentimiento con la cabeza al tiempo que huía de su lado. Y estaba huyendo de verdad, porque avanzó demasiado rápido y no del modo contenido con que lo hacía habitualmente. A pesar de que llegó a la seguridad de su pequeño círculo de amigos, el pulso aún le latía a toda velocidad. Allegra le ofreció un pequeño abrazo y retrocedió para estudiarla preocupada.

—Cielo santo, estás temblando.

—No es nada, sólo nervios.

—¿Estás segura de que lo que te tiene tan nerviosa no es un desconocido endemoniadamente apuesto? —La diversión en la voz de Allegra hizo que le subiera una oleada de calor a las mejillas.

—Por supuesto que no. —Ruth resopló irritada.

Su amiga le lanzó una mirada de incredulidad, pero decidió no cuestionarla.

—Estás deslumbrante. Sabía que Dolores podría convertir este vestido en una obra de arte. Y los pétalos bordeando el dobladillo... Eso es una obra maestra que dice que ese hombre no es lo bastante bueno para besarte siquiera el bajo del vestido.

—Permítame que me sume a los comentarios de mi esposa, señora. —El conde de Pembroke le ofreció una leve inclinación de cabeza—. Está usted encantadora.

—Gracias a los dos.

—¿Podría añadir mis propios cumplidos también, querida? Todo el mundo está comentando lo radiante que estás esta noche. —La cálida voz de lord Westleah le llegó por encima del hombro, y Ruth se volvió con una sonrisa de entusiasmada sorpresa.

—William. Qué alegría volver a verte.